

En cuanto se tocó llamada, corrieron los soldados a las armas, y los jefes empezaron a dar órdenes. Una voz gritó: «¡El rey!» En seguida apareció éste, y subió a su carruaje; imitámosle nosotros, y echamos a andar en los de la comitiva.

Por fin, llegamos al punto de reunión, donde ya nos aguardaban impacientes numerosos caballos, que los lacayos tenían sujetos de las bridas, al pie de los árboles. Animada era la escena que formaban los carruajes parados en la selva y rodeados de guardias, los grupos de hombres y mujeres, las jaurías que difícilmente contenían los monteros, los ladridos de los perros, los relinchos de los caballos y el sonido de las trompas.

Mi cabeza estaba demasiado llena de reminiscencias de mis libros para no ver por todas partes condesas de Chateaubriand, duquesas de Etampes, Gabriélas de Estrées y señoritas de la Vallière y de Montespan. Mi imaginación tomó históricamente aquella cacería, entregándose libremente a su vuelo; por otra parte, estaba en una selva: me hallaba en mi propio terreno.

No bien me apeé del carruaje, presenté mi billete a los monteros. Me habían reservado una jaca llamada *Feliz*, veloz pero sin boca, asustadiza y llena de antojos; imagen bastante exacta de mi fortuna, que sin cesar se vuelve contra mí empujando las orejas. Montó el rey, echó a andar, y los demás cazadores le siguieron por distintos caminos. Yo me quedé atrás, forcejeando con mi cabalgadura, que no quería dejarse oprimir el lomo por su nuevo dueño; al fin logré afirmarme en la silla, pero la partida se había ya alejado bastante.

Al principio sujeté sin gran trabajo a *Feliz*, que, obligada a acortar su galope, bajaba la cabeza, sacudía el freno salpicado de blanca espuma, y avanzaba dando saltos de costado; pero cuando se acercó al teatro de la cacería, ya no hubo medio de contenerla. De pronto alargó el pescuezo, me echó abajo la mano sobre la crucera, y arrancando a escape se precipitó sobre un tropel de cazadores, deteniéndose tan sólo al tropezar con la cabalgadura de una señora, a quien por poco no derriba en medio de las carcajadas de los unos y de los gritos de terror de otros. Inútilmente he tratado de recordar el nombre de aquella señora, que contes- tó con la mayor política a las frases que

la dirigí para excusarme. En todo el día no se habló más que de la aventura del *debutante*.

Mis apuros no acabaron ahí. A la media hora de este percance iba atravesando una vereda abierta en la parte más recóndita del bosque, a cuyo extremo había un pabellón, cuando se me antojó ponerme a meditar sobre aquellos palacios diseminados en las selvas, conmemorativos del origen de los reyes *melenudos* y de sus misteriosos placeres. En esto sueña un escopetazo; la *Feliz* se vuelve; bajando la cabeza se introduce por entre la maleza, y me lleva justamente al lugar en que acababa de caer el venado y de presentarse el rey.

Aunque demasiado tarde, recordé las recomendaciones del duque: la maldita jaca tenía la culpa de todo. Me tiré al suelo, y conteniendo con una mano al animal, me acerqué al rey quitándome el sombrero con la otra. El monarca me lanzó una ojeada que le impuso de que un obscuro *debutante* había llegado antes que él a los alcances de la pieza; vióse, pues, precisado a hablar; pero, en vez de encolerizarse, me dijo con tono bonachón y soltando una ruidosa carejada: «¡No ha resistido mucho!» Son las únicas palabras que me ha dirigido Luis XVI. Acudieron los cortesanos, sorprendiéndose no poco al verme *conversando* con S. M. El principiante Chateaubriand metió ruido con sus dos aventuras; pero no supo sacar partido de su buena ni mala fortuna.

Después acorraló el rey a otros tres venados. Como era costumbre que los *debutantes* no corriesen más que la primera pieza, me fui al Val con mis compañeros a esperar la terminación de la cacería.

Cuando volvió el rey al Val, iba muy satisfecho refiriendo los lances de la jornada. Emprendimos el camino de Versalles, donde aguardaba a mi hermano una decepción mayor; en vez de ir a vestirme para concurrir al acto de descalzarse el monarca, momento siempre de triunfo y de favor, regresé a París, lleno de gozo por verme ya libre de mis honores y de mis incomodidades. En seguida manifestó a mi hermano la resolución de volver a Bretaña.

Satisfecho por haber dado a conocer su nombre, y confiando en llevar adelante con su presentación los planes abortados por la mía, no opuso el menor obstácu-

París, junio de 1821.

lo a la desaparición de un pariente tan extravagante como yo (1).

Estas fueron mis primeras presentaciones en la ciudad y en la corte. La sociedad me pareció todavía más odiosa que me la había figurado; pero no me desanimó aunque me asustó; comprendí, aunque vagamente, que era yo superior a lo que había visto.

Por otra parte, si es cierto que juzgué al mundo sin conocerle, tampoco me conocía el mundo a mí. Nadie adivinó lo que yo podía valer, ni entonces, ni cuando volví a París. Luego que adquirí mi triste celebridad, mil personas me dijeron: «Si hubiésemos conocido a usted en su juventud, seguramente habría llamado nuestra atención.» Estas pretensiones halagüeñas son un efecto ilusorio de las reputaciones formadas. En su exterior todos los hombres se parecen; en vano nos dice Rousseau que poseía dos ojos encantadores; cuando es innegable que tenía las trazas de un maestro de escuela o de un zapatero de malas pulgas.

Para terminar de una vez con la corte, diré que, después de haber visitado la Bretaña, y de fijarme nuevamente en París con mis hermanas menores Lucila y Julia, volví, con más obstinación que nunca, a mi solitaria vida. Preguntarán algunos cuáles fueron las consecuencias de mi presentación. Ninguna.

A fuerza de intrigas y penalidades alcancé la gloria de insertar en el *Almanaque de las Musas*, un idilio, cuya aparición estuvo a punto de matarme entre la esperanza y el temor. Hubiera dado todos los coches del rey por ser autor de la romanza: *¡Oh tierna gaita mía!* o de la otra que empieza *De mi pastor voluble*.

Soy capaz de todo cuando se trata de los demás, y enteramente inútil para mi propio adelanto, ése es mi carácter.

(1) El *Memorial histórico de la Nobleza* publicó un documento inédito, anotado por mano del rey y sacado de los archivos del reino, sección histórica, registro M 813, legajo M 814, que contiene las *Entradas*, y en él se encuentran mi nombre y el de mi hermano, probando que no me engañó mi memoria al citar estas fechas.

(París, nota de 1840.)

UNA TEMPORADA EN BRETAÑA.—GUARNICIÓN DE DIEPPE.—REGRESO A PARÍS CON LUCILA Y JULIA.—DELISLE DE SALES.—FLIUS.—VIDA DE UN LITERATO.—ESCRITORES.—RETRATOS.—LA FAMILIA DE ROSAMBO.—EL SEÑOR DE MALESHERBES; SU PREDILECCIÓN POR LUCILA.—APARICIÓN Y TRANSFORMACIÓN DE MI SÍLFIDE.

El libro precedente ha sido escrito en Berlín. De regreso a París para asistir al bautizo del duque de Burdeos, he presentado la dimisión de mi embajada por fidelidad política al señor de Villele, el cual ha salido del ministerio. Ahora que he vuelto a quedar sin ocupaciones, escribamos. A medida que estas *Memorias* se van llenando, los años pasados me representan el globo inferior de un reloj de arena, el cual me marca el polvo de mi vida que ha caído ya: cuando la arena se haya concluido, no volvería a llenar mi reloj de vidrio, aunque me diese Dios poder para ello.

La nueva soledad que encontré en Bretaña después de mi presentación, no se parecía a la de Combourg: no era tan completa, ni tan grave, y, para decirlo de una vez, ni tan forzada tampoco: podía dejarla cuando me viniese a las mientes, y perdía, por lo tanto, todo su valor. Una castellana vieja, llena de pergaminos, y un viejo barón muy pagado de sus timbres, que guardaban en su castillo feudal a su última hija y a su último hijo, ofrecían eso que llaman los ingleses *caracteres*.

La sociedad más selecta de la provincia donde vivían mis hermanas, se hallaba en medio de los campos: las diversiones se iban alternando de castillo en castillo; se representaban algunas farsas, de las cuales era yo a veces un pésimo actor. En invierno era preciso resignarse a sufrir en Fougères los bailes, las reuniones y los convites de una sociedad poco numerosa, y yo no podía, como en París, dejar de asistir a todas estas cosas sin ser notado.

Mi estancia en la corte y la vida militar contribuyeron en gran parte a que se verificara un notable cambio en mis ideas: a despecho de mis naturales inclinaciones, sentía interiormente una fuerza desconocida que me hacía rebelar contra la obscuridad, y excitándome a salir de ella. Julia detestaba la provincia con

toda su alma, y el instinto del genio y de la belleza impelían a Lucila hacia un teatro más vasto.

El malestar que se había apoderado de mí, me indicaba que no seguía la senda trazada por mi destino.

A pesar de esto, conservaba mucha afición al campo, y el de Marigny era delicioso (1). Mi regimiento había cambiado de residencia; el primer batallón se hallaba de guarnición en el Havre, y el segundo en Dieppe: mi presentación en la corte había hecho de mí todo un personaje. Cobré afición a mi oficio, y trabajaba gustosamente en enseñar los giros y el manejo del arma a los reclutas que habían sometido a mi cargo.

La Martinière no hacía caso en Dieppe ni de su homónimo Lamartinière ni del P. Simon, que escribía contra Bossuet, Port-Royal y los Benedictinos; ni del anatomista Pecquet, a quien la señora de Sevigné llamaba el pequeño; pero, en cambio, estaba enamorado en Dieppe, como lo estuvo en Cambray: andaba bebiendo los vientos por una robusta *cauchoise* (paloma), cuya escofieta y moño tenían una toesa de altura, y que había pasado ya de la primavera de su juventud. Por una rara coincidencia llevaba el apellido Cauchie, y probablemente sería nieta de aquella hija de Dieppe, llamada Ana Cauchie, que tenía en 1645 ciento cincuenta años.

En 1647, Ana de Austria, que, como yo, contemplaba el mar desde las ventanas de su habitación, se divertía viendo cómo se consumían los brulotes. Había fiado a los pueblos que fueron fieles a Enrique IV la custodia del joven Luis XIV, y los colmaba de bendiciones, a pesar de su maldito lenguaje normando.

En Fougères, donde fué a pasar una temporada, campaba por su respeto una noble señorita, llamada de La Belinaye, y tía de aquella condesa de Tronjoli, de la cual he hecho ya mención. Una amable pero fea hermana de un oficial del regimiento de Condé, fué quien se cautivó mi admiración; yo no hubiera podido ser lo bastante temerario para elevarme hasta la belleza, porque únicamente las imperfecciones de la mujer eran las que me animaban a arriesgar con ella un respetuoso homenaje: La señora de Tarcy, que estaba enferma casi siempre, resol-

(1) Marigny ha cambiado mucho desde la época en que vivía en él mi hermana. Más tarde fué vendido, y en la actualidad pertenece a los señores de Pommeréul, los cuales lo han reedificado y embellecido bastante.

vió abandonar a Bretaña, y decidió a Lucila a que la siguiera; Lucila venció a su vez mi repugnancia, y todos nos dirigimos hacia París.

Por mediación del señor Delisle de Sales, tomamos una habitación en los pabellones de San Lázaro, al extremo del arrabal de Saint-Denis, y próximo a la casa del presidente Rosambo, con cuya hija se había casado mi hermano.

La señora de Tarcy tenía, no sé por qué, bastante familiaridad con Delisle de Sales, que estuvo preso en Vincennes por algunas bagatelas filosóficas. Delisle de Sales, hombre galante en extremo, y una medianía en toda la extensión de la palabra, era un grande holgazán, que dejaba pasar sus años sin hacer alto en ello: este escritor había sabido formarse una biblioteca con sus obras, que cambiaba por otras en el extranjero, y que nadie leía en París. Todos los años, por la primavera, iba a hacer su acopio de ideas a Alemania. Llevaba constantemente asomando por el bolsillo un gran rollo de papel mugriento, en el cual se paraba a escribir en medio de la calle cualquiera idea que le ocurría al vuelo. En el pedestal de su busto de mármol se leían, escritas de su propio puño, estas palabras, plagiadas al busto de Buffon: *Dios, el hombre, la naturaleza, todo lo he explicado.* ¡Delisle de Sales haberlo explicado todo! Estos seres causan a la vez lástima y risa, pero infunden también el desaliento. ¿Quién puede lisonjearse, efectivamente, de tener un talento verdadero? ¿No podemos estar nosotros sujetos al imperio de una ilusión semejante a la de Delisle de Sales?

La presencia de mis dos hermanas en París lo hacían para mí menos insoporrible, y mi inclinación al estudio contribuía también mucho a ello. Delisle de Sales me parecía un águila. En su casa fué donde conocí a Carbon Flins de los Oliviers, que se enamoró de la señora de Tarcy. Esta se burlaba de él muy a las claras; pero no se daba por incomodado, porque la echaba de hombre corriente y de mundo. Flins me presentó a su amigo Fontanes, que llegó después a serlo mío.

Flins era hijo de un fontanero de Reims, había recibido una educación descuidada; pero su espíritu estaba regularmente cultivado, y, a veces, revelaba hasta talento. Era extremadamente feo; pequeño y abotargado; tenía ojos grandes y saltones, cabellos encrespados y dientes sucios, y, a pesar de todo esto, su facha

no era de las más innobles. Su vida, igual poco más o menos a la que hacían en aquella época todos los literatos de París, merece ser referida.

Flins habitaba una casa de la calle de Mazarino, situada muy cerca de Laharpe, que vivía en la calle de Guénégaud. Dos saboyanos, transformados en lacayos en virtud de una casaca de librea, le acompañaban por la noche y le anunciaban en su casa por la mañana las visitas. Solía frecuentar el teatro francés, situado entonces en la plazuela del Odeón, y famoso principalmente por la comedia. Brizard acababa de retirarse; Talma, por el contrario, comenzaba a sobresalir, y Larive, Saint-Phal, Fleury, Molé, Dazincourt, Dugazon, Grandmesnil y las señoras Contat, Saint-Val, Desgarcins y Olivier estaban en el mayor brillo de su talento, mientras que la señorita Mars, hija de Monvel, se disponía para debutar en el teatro Montansier. Las actrices protegían a los autores, labrando su fortuna en algunas ocasiones.

Flins vivía de prestado. Cuando llegaban las vacaciones del Parlamento, empeñaba cuanto tenía, pagaba sus deudas con el importe del empeño, se marchaba a Rennes, permanecía allí tres meses, regresaba a París, sacaba sus prendas del Monte de Piedad con el dinero que le había dado su padre, y comenzaba otra vez la rueda de su vida, siempre alegre y bien recibido en todas partes.

En el período de dos años que transcurrieron desde que me establecí en París hasta la apertura de los Estados Generales, fué creciendo aquella sociedad. Conocía al dedillo las elegías del caballero de Parny, y no las he olvidado todavía. Un día le escribí pidiéndole permiso para visitarle, y habiéndome contestado con finura y amabilidad, fuí a verlo a su casa, en la calle de Clery.

Era un hombre joven todavía, de buen tono, flaco y pecoso de viruelas. Me devolvió la visita, y yo lo presenté a mis hermanas. Gustaba poco de la sociedad, de la cual se retiró después completamente para entregarse a la política: entonces era del antiguo partido. No he conocido un escritor más semejante a sus obras: poeta y criollo, sólo necesitaba el cielo de la India, una fuente, una palmera y una mujer. Temía el bullicio del mundo, hacía todo lo posible por pasar la vida ignorado, todo lo sacrificaba a su pureza, y sólo se veía vendido en su obs-

curidad por los placeres que inspiraba al pulsar su lira.

Que notre vie heureuse et fortunée
Coule en secret, sous l'aile des amours,
Comme un ruisseau qui, murmurant à peine,
Et dans son lit resserrant tous ses flots,
Cherche avec soin l'ombre des arbrisseaux,
Et n'ose pas se montrer dans la plaine.

«Que nuestra vida feliz y venturosa, corra en secreto bajo las alas de los amores, como un arroyuelo, que dejando oír apenas su suave murmullo, cuando un angosto cauce le obliga a estrechar su caudal, procura ir a ocultarse bajo la sombra de los arbustos, sin atreverse nunca a mostrarse en la llanura.»

La imposibilidad que sentía de substraerse a su indolencia fué la que convirtió al caballero de Parny, de furioso aristócrata que era, en un miserable revolucionario, en detractor de la religión perseguida y de los sacerdotes que iban al cadalso.

El autor de la *Historia de la literatura italiana*, que tomó parte en la revolución después de Chamfort, quiso hacerse amigo de mi familia, pretextando ese parentesco que tienen todos los bretones entre sí. La reputación de Guinguene estribaba en una piececita en verso, escrita con bastante gracia y titulada: *La Confesión de Zulmé*, la cual le valió un mezquino empleo en las oficinas del señor Necker.

El poeta de Rennes conocía bastante bien la música, y hacía algunas romanzas. De sencillo y modesto que era, vimos crecer su orgullo a medida que iba contrayendo relaciones con cualquier persona notable. En tiempo de la convocatoria de los Estados Generales, lo empleó Chamfort en emborronar artículos para los periódicos y discursos para los clubs. En la primera federación decía: «¡He aquí una gran cabeza! Para iluminarla mejor deberían quemarse cuatro aristócratas en los cuatro ángulos del altar.» No era él, sin embargo, quien había tomado la iniciativa en estos deseos; Luis de Orleans, partidario de la Liga, había escrito mucho tiempo antes que él, en su *Banquete del conde d'Arrete*, «que era necesario atar a los ministros protestantes al árbol de fuego de San Juan, haciendo haces con ellos, y poniendo al rey Enrique IV en el mismo sitio donde se acostumbra colocar a los gatos.»

Guinguené supo con anticipación los asesinatos revolucionarios que se proyectaban, y avisó por medio de su esposa a la mía y a mis hermanas de los que de-

bían tener lugar en los Carmelitas, ofreciéndoles refugio en su casa.

Después del terror llegó a hacerse Guinguené jefe casi absoluto de la instrucción pública. Pareció lo bastante cándido en filosofía para agradecerle con una embajada cerca de uno de aquellos monarcas a quienes se iba a destronar. Escribió al señor de Telleyrand desde Turín, diciéndole que había vencido una preocupación, y era que había logrado que recibiesen a su mujer en la corte, vestida con un *pet-en-l'air*. De la mediocritad pasó a darse importancia; de esto a parecer tonto, y de parecer tonto a ponerse en ridículo. Acabó sus días distinguiéndose literariamente como crítico, y siendo un escritor independiente de *La Décade*. Su ciencia es de segunda mano; su prosa pesada; su poesía correcta, y agradable algunas veces.

Era amigo del poeta Lebrun, al cual protegía, como un hombre de talento y que conoce el mundo protege la simplicidad de un hombre de genio: aquél, en justa recompensa, derramaba los rayos de su inteligencia sobre la cima a que se había encaramado Guinguené. Nada más cómico que el papel representado por estos dos compadres, que, merced a un ingrato comercio, se tributaban todos los servicios que tributarse pueden dos hombres superiores que cultivan géneros diversos.

Lebrun era un verdadero caballero de industria; su profusa locución era tan fría, como glaciales sus arrebatos. Su Parnaso, aposento vecino del cielo en la calle de Montmartre, tenía por todo mobiliario algunos libros revueltos sobre el suelo, un catre de tijera, cuyas cortinas, formadas con dos servilletas puercas, colgaban de unas varillas de hierro enmohecido, y la mitad de un cántaro de agua, arrimado a un sillón sin asiento. Lo más notable es que Lebrun podía gozar de algunas comodidades; pero se había hecho avaro y se había entregado a mujeres de mala vida.

Lebrun no tenía talento verdadero, a no ser para la sátira: su epístola *sobre las chanzas de bueno y mal género*, gozó de merecido renombre. Algunos de sus epigramas deben colocarse detrás de los de Juan Bautista Rousseau: Laharpe era el que principalmente le inspiraba. Debemos hacerle la justicia de decir que fué independiente bajo la tiranía de Bonaparte, y que ha legado a la posteridad

versos sangrientos contra el opresor de nuestras libertades.

El escritor más bilioso de cuantos conocí en París por aquella época era, sin contradicción Chamfort: atacado de la enfermedad que dió origen a los jacobinos, no perdonaba a nadie la casualidad de su cuna; faltaba la confianza en las casas en que se le recibía, y creía que el cinismo de su lenguaje era una pintura fiel de las costumbres de la corte. No se le podían negar ni ingenio ni talento; pero eran uno y otro de esos que no llegan a la posteridad. Al ver que con la revolución no conseguía nada, volvió contra sí mismo las manos que había levantado contra la sociedad. El gorro encarnado pareció a su orgullo otro distintivo de la nobleza, cuyos corifeos eran Marat y Robespierre. Furioso al tropezar con la desigualdad de condiciones hasta en aquel mundo de dolores y de lágrimas; condenado a ser bajo la feudalidad de los verdugos un *villano*, como anteriormente, quiso matarse para substraerse a la superioridad del crimen; pero no consiguió ni aun esto: la muerte se ríe de los que la llaman confundiendo con la nada.

Hasta 1798, época en que fué a Londres, no conocí al abate Delille, ni he visto en mi vida a Rulhiere, que vive por la señora de Egmont, y que la hace sobrevivir; ni a Palissot, ni a Beumarchais, ni a Marmontel. Tampoco hablé nunca con Chenier, el cual me ha atacado mucho, a quien jamás he respondido, y cuya silla en el Instituto debía producir una de las crisis de mi vida.

Al leer la mayor parte de los escritores del siglo XVIII, me asombro del ruido que metieron y de la admiración que un día les profesé, y sea porque la lengua haya adelantado o retrocedido, sea porque hayamos caminado hacia la civilización o porque hayamos vuelto a la barbarie, es lo cierto que los autores que me causaban delicia en mi juventud me parecen hoy igualmente viejos, pesados, embadurnados, exánimes y fríos. Hasta en los más grandes escritores de la época volteriana noto trozos pobres en pensamiento, en ideas y en estilo.

¿A quién se debe achacar este error de cuenta? Temo sea yo uno de los primeros culpables; innovador desde la cuna, tal vez haya comunicado a las modernas generaciones la enfermedad que me aquejaba. Y en vano grito aterrado a mis hijos: «No olvidéis el francés.» Como el Lemosino a Pentagruel me contestan:

«que vienen de la alta, inclita y célebre academia nominada Lutecia.»

No es nueva, como por aquí se ve, esta manía de helenizar y latinizar nuestra lengua; Rabelais la curó, pero reapareció con Ronsard, y Boileau tuvo que atacarla. En nuestros días la ha resucitado la ciencia: nuestros revolucionarios, grandes empíricos por su naturaleza, han obligado a los comerciantes y a los aldeanos a adoptar las hectáreas, los hectolitros, los kilómetros y los milímetros; la política se ha *ronsardizado*.

Hubiera podido hablar aquí del señor de Laharpe, a quien conocí en aquella época, y a quien citaré más adelante; hubiera podido añadir a mi Galería el retrato de Fontanes; pero, aunque mis relaciones con este hombre excelente comenzaron en 1789, en Inglaterra fué donde trabé con él esas relaciones de amistad que fueron en aumento con la adversa fortuna, y nunca se disminuyeron con la próspera; más tarde hablaré de él con toda la efusión de mi corazón.

Mis inclinaciones y las de mis dos hermanas me lanzaron en medio de aquella sociedad literaria, pero nuestra posición nos obligaba a concurrir a otra, cuyo centro fué, naturalmente, la familia de la esposa de mi hermano.

El presidente Pelletier de Rosambo, que con tanto valor murió luego, era, al llegar yo a París, un modelo de superficialidad y ligereza. El trastorno completo que reinaba en los ánimos y en las costumbres se consideraban en aquella época como síntoma de una revolución próxima. Los magistrados se ruborizaban de vestir la toga, y ridiculizaban la gravedad de sus padres. Los Lamoignon, los Molé, los Segnier y los Aguessau no querían ya juzgar, sino combatir. Las esposas de los presidentes dejaban de ser venerables madres de familia, y salían de sus lóbregos palacios para convertirse en mujeres de brillantes aventuras. En el púlpito, los predicadores cuidaban de no pronunciar el nombre de Jesucristo, y hablaban sólo del *legislador de los cristianos*, y los ministros se derrocaban unos sobre otros, porque el poder se escapaba de todas las manos. El mayor refinamiento del buen tono consistía en ser americano en la ciudad, inglés en la corte y prusiano en el ejército; en serlo todo, excepto francés. Queríase conservar la clase de abates comanditarios, y se rechazaba a la religión: nadie podía ser nombrado

oficial sin ser noble, y continuamente se oían invectivas contra la nobleza: en los salones se introducía la igualdad, y en los campamentos los palos.

El señor de Malesherbes tenía tres hijas: las señoras de Rosambo, de Aulnay y de Montboissier, y daba la preferencia a la primera, a causa de la conformidad de sus opiniones. El presidente Rosambo tenía otras tres; por este orden: la señora de Chateaubriand, la de Melhay y la de Tocqueville; pero en esta familia había, además, un hijo, que más tarde enalteció la brillantez de su espíritu con la perfección cristiana. Complaciase el señor de Malesherbes en rodearse de sus hijos, sus nietos y sus biznietos, y varias veces le he visto, a principios de la revolución, llegar a casa de la señora de Rosambo con la cabeza caliente a fuerza de hablar de política, quitarse la peluca y, tumbado sobre la alfombra del cuarto de mi cuñada, jugar estrepitosamente con los niños. Hubiera sido un hombre nada distinguido por sus modales a no haber tenido cierta impetuosidad de movimientos que le salvaba de la vulgaridad; a la primera frase que pronunciaba se descubría en él al hombre que llevaba un nombre antiguo y al magistrado superior. Sus naturales virtudes tenían algo de afectación, merced a la filosofía que con ellas se mezclaba. Era tan ferviente y apasionado, que un día me dijo, hablando de Condorcet: «Ese hombre ha sido amigo mío, y, sin embargo, hoy no tendría el menor escrúpulo en matarlo como a un perro.» Las oleadas de la revolución le suicidaron, y su muerte fué causa de su gloria. El mérito de aquel grande hombre no habría sobrevivido si no hubiese sido con el auxilio de la desgracia.

La franqueza del trato del señor de Malesherbes me decidió a hablarle con toda libertad; le parecí dotado de alguna instrucción; la botánica y la geografía fueron el principal tema de nuestras conversaciones. En una de ellas concebí la idea de hacer un viaje a la América del Norte para descubrir el mar visto por Hearne, y posteriormente por Mackenzie (1). En materia política también estábamos de acuerdo; los sentimientos generales que dieron margen a nuestras primeras turbulencias cuadraban con la independencia de mi carácter, y la natural antipatía que me inspiraba la corte,

(1) En los últimos años han navegado por él el capitán Franklin y el capitán Parry.

(Nota de Ginebra, en 1831.)

daba fuerza a aquella inclinación primera. Defendía, pues, al señor de Malessherbes y a la señora de Rosambo contra el marido de ésta y contra mi hermano, a quien apodaron Chateaubriand el *Rabioso*. Si la revolución no se hubiese inaugurado con crímenes, me habría arrastrado consigo; pero al ver la primera cabeza enhiesta en la punta de una lanza, retrocedí. Nunca será el asesinato un objeto de admiración ni un argumento de libertad para mí; no conozco nada más servil, más despreciable, más cobarde y más estúpido que un terrorista. Qué, ¿no he visto, acaso, a toda esa raza de Brutos franceses, puesta al servicio de César y de su policía? Los niveladores, los regeneradores, los degolladores se convierten en ayudas de cámara, en espías y en sicofantas, cuando no se erigían, con menos frecuencia, desde luego, en duques, condes o barones. ¡Qué semejanza a la Edad Media!

Pero lo que más me hizo adherirme al ilustre anciano fué la predilección que mi hermana le inspiraba. A pesar de la timidez de Lucila, conseguimos, con el auxilio de un poco de Champagne, que se encargase de un papel en una piececita casera, que se representó con motivo del cumpleaños del señor de Malessherbes, y, tanto supo enternecerle, que casi volvió el seso al gran hombre. Influyó todavía más que mi hermana en que Lucila pasase de la comunidad de Argentieres a la de Remiremont, donde se exigían pruebas rigurosas y difíciles de diez y seis cuarteles. El señor de Malessherbes, aunque filósofo, defendía con sumo calor el principio de la nobleza.

Conviene extender al espacio de unos dos años esta descripción de los hombres y de la sociedad cuando aparecí en el mundo; esto es, desde la clausura de la primera asamblea de notables en 25 de mayo de 1787, hasta la inauguración de los Estados Generales en 5 de mayo de 1789. Durante este tiempo no vivimos constantemente mis hermanas y yo ni en París ni en el mismo sitio de París. Voy ahora a retroceder y llevar a mis lectores a Bretaña.

París, septiembre de 1821.

Revisado en diciembre de 1846.

PRIMEROS MOVIMIENTOS POLÍTICOS EN BRETAÑA. — OJEADA SOBRE LA HISTORIA DE LA MONARQUÍA. — CONSTITUCIÓN DE LOS ESTADOS DE BRETAÑA. — SU CELEBRACIÓN. — RENTA DEL REY EN BRETAÑA. — RENTA PARTICULAR DE LA PROVINCIA. — EL FOGAGE. — ASISTO POR PRIMERA VEZ A UNA REUNIÓN POLÍTICA. — ESCENA.

En los distintos viajes que hice a Bretaña en los años de 1787 y 1788, di principio a mi educación política. Los Estados de provincia venían a ser una especie de modelo de los Estados Generales, por esto los disturbios particulares que anunciaron los de la nación estallaron en los países que tenían Estados, a saber: la Bretaña y el Delfinado.

La transformación, que empezó a inaugurarse doscientos años antes, tocaba ya a su fin. La Francia, que había pasado de la monarquía feudal a la de los Estados Generales, de ésta a la de los parlamentos, y de esta última, a la monarquía absoluta, tenía tendencia hacia la monarquía representativa en medio de la lucha de la magistratura contra el poder real.

El parlamento Maupeou, el establecimiento de las asambleas provinciales, con voto personal, la primera y segunda asamblea de los notables, la sesión plena, la fundación de los grandes bailíos, la reintegración civil de los protestantes, la abolición parcial del tormento y la de las antiguas pechas, y el reparto equitativo para el pago de los impuestos, eran otras tantas pruebas sucesivas de la revolución que se iba verificando poco a poco. Pero entonces no se atendía al conjunto de los hechos; cada acontecimiento se interpretaba como un accidente aislado. En todas las épocas históricas existe un principio esencial. Si no se fija la vista más que sobre un punto, no se perciben los rayos convergentes hacia el centro de los otros; no se ve el agente oculto que produce la vida y el movimiento general: por eso hay tantas personas que, al empezar las revoluciones, creen que basta romper tal o cual rueda para impedir el desbordamiento del torrente.

El siglo XVIII, ese siglo de acción intelectual y no de acción material, consiguió cambiar tan pronto sus leyes al encontrar su vehículo; los Parlamentos, y

el de París especialmente, fueron los instrumentos principales del sistema filosófico. Toda opinión muere, por falta de fuerza o por exceso de su vigor, si no es acogida favorablemente por una asamblea que la reviste de poder, que la vigorice con una voluntad, y que le presta lengua y brazos para expresarla.

Los parlamentos tenían que vengar su propia causa: la monarquía absoluta se había usurpado una autoridad, arrebatada por la misma a los Estados Generales. El alistamiento forzoso, las grandes reuniones del parlamento presididas por el rey, y los destierros, al mismo tiempo que popularizaban a los magistrados, los impulsaban a pedir garantías liberales, de las cuales, en el fondo, no eran partidarios; reclamaban los Estados Generales por no atreverse a confesar que anhelaban para sí mismos el poder legislativo y político: de este modo aceleraban la resurrección de un cuerpo cuya herencia habían recogido, y que, a su vez, los reduciría, en el momento que recobraba la existencia, a su propia especialidad: el ramo de justicia. Los mortales se equivocan casi siempre acerca de sus verdaderos intereses cuando tratan de promoverlos únicamente por prudencia o por pasión: Luis XVI restableció los parlamentos, a los cuales hubo de dar el nombre de Estados Generales: los Estados Generales, transformados primero en Asamblea nacional y muy poco después en Convención, destruyeron el trono y los parlamentos, enviando a la guillotina a los jueces y al monarca, de quien emanaba la justicia. Pero Luis XVI y los parlamentos obraron de este modo porque eran, sin saberlo, instrumentos de una revolución social.

La idea de los Estados Generales bullía en todas las cabezas, si bien sabían muy pocos a donde iba a parar. La cuestión para la generalidad se reducía solamente a llenar un *déficit* que el banquero más pobre de los de esta época se comprometía a hacer desaparecer. Un remedio tan radical aplicado a un mal de tan escasa importancia, prueba que se caminaba hacia unas regiones políticas desconocidas. En el año de 1786, el presupuesto de ingresos ascendía a cuatrocientos doce millones novecientos veinte y cuatro mil libras, y los gastos a quinientos noventa y tres millones quinientas cuarenta y dos mil libras; el déficit era, por lo tanto, de ciento ochenta millones seiscientos diez y ocho mil libras, que se re-

dujo a ciento cuarenta millones, porque se hizo una economía de cuarenta millones, seiscientos diez y ocho mil libras. A la casa real se asignaba la enorme suma de treinta y siete millones doscientas mil libras: las deudas de los príncipes, las dilapidaciones de la corte y las adquisiciones de palacios eran la causa principal de este recargo.

Tratábase de dar a los Estados Generales las mismas formas que tenían en 1614. Los historiadores hablan de aquellas formas como si no se hubiese oído hablar desde 1814 de los Estados Generales ni se hubiese reclamado su convocatoria. Los brazos de la nobleza y del clero, reunidos en París, en 1631, pidieron los Estados Generales. El parlamento de París, lejos de secundar las pretensiones de las órdenes del clero y la nobleza, disolvió sus reuniones como ilegales, pues lo eran en efecto.

Deseo consignar otro hecho grave, que se ha escapado a los que se han empeñado en escribir la historia de Francia sin saberla. Se habla de las *tres órdenes*, como si fueran ellas las que constituían esencialmente los Estados llamados generales. Pues bien; muchas veces sucedía que los bailíos no nombraban diputados sino de una o dos órdenes. En 1614 el bailío de Amboise no eligió diputados del brazo del clero ni del de la nobleza: el de Châteauneuf-en-Thimerais no envió los suyos del clero y del estado llano: el Puy, la Rochela, el Lauraguais, Calais, la Haute-Marche y Châtellerauld no nombraron los del clero, y Montdidier y Roye los de la nobleza. Los Estados de 1614 se llamaron, sin embargo, *Estados Generales*. Las crónicas antiguas, expresándose de una manera mucho más correcta, dicen, cuando se refieren a nuestras asambleas nacionales, *los tres estados*, o *los notables del estado llano*, o *los barones* y *los obispos*, según sea el caso, y atribuyen a las asambleas, constituidas de aquel modo, la misma autoridad legislativa. El estado llano se había apoderado de la magistratura, no admitiendo al ejército; actuaba de una manera absoluta; hacía las leyes civiles y criminales, usurpando las atribuciones parlamentarias, y hasta ejercía el poder político. El honor, la vida y la fortuna de los ciudadanos se hallaban a discreción suya; todos obedecían sus decretos, y todas las cabezas estaban sometidas al filo de la espada de su justicia. ¿Qué necesidad tenía, por lo tanto, gozando como gozaba

exclusivamente de un poder ilimitado, de ir a buscar una pequeña parte de ese mismo poder a las asambleas, ante las cuales tenía que presentarse poco menos que de rodillas?

El pueblo, metamorfoseado en monje, y refugiado en los claustros, gobernaba la sociedad por medio de la opinión religiosa; metamorfoseado en recaudador y banquero, y refugiado en la hacienda, gobernaba la sociedad por medio del dinero; metamorfoseado en magistrado, se refugió en los tribunales, y gobernaba la sociedad por medio de leyes. El gran reino de Francia, aristocrático por provincias, era democrático en su conjunto, bajo la dirección de su rey, con el cual se entendía y estaba casi siempre de acuerdo. Así se explica su larga existencia.

Las importantes cuestiones arriba mencionadas se discutieron principalmente durante los años 1786, 1787 y 1788. La natural viveza de mis compatriotas, los privilegios de su provincia, de su clero y de su nobleza, y las colisiones del parlamento y de los Estados, eran motivos más que sobrados para mantenerles en una constante sobreexcitación. El señor de Calonne, intendente de Bretaña, durante un pequeño período de tiempo, aumentó la división favoreciendo la causa del estado llano. El señor de Montmorin y el señor de Thiard eran agentes demasiado ineficaces para hacer triunfar el partido de la corte. La nobleza se coligaba con el parlamento, noble también, y tan pronto resistía al señor Necker, al señor de Calonne y al arzobispo de Sens, como repelía el movimiento popular favorecido por su anterior resistencia. Se reunía, deliberaba y protestaba; pero las municipalidades se reunían, deliberaban y protestaban al mismo tiempo en sentido contrario. El asunto particular del *fogage*, mezclado después con los negocios públicos, acrecentó las enemistades. Para comprender bien esto, es preciso explicar la constitución del ducado de Bretaña.

La forma de los Estados de Bretaña ha sufrido distintas variaciones, como la de todos los de Europa, con los cuales tiene semejanza. Los primitivos derechos de los duques de Bretaña pasaron después a los reyes de Francia. El contrato matrimonial de la duquesa Ana, firmado en 1491, no sólo le hizo que la Bretaña se incorporase a la corona de Carlos VIII y de Luis XII, sino que estipuló también una transacción, en virtud de la cual cesaron las diferencias que existían desde

los tiempos de Carlos de Blois y del conde de Monfort. Sostenía la Bretaña que las hembras eran aptas para heredar el ducado, al paso que la Francia alegaba que la sucesión únicamente podía tener lugar en la línea masculina, y que, al extinguirse ésta, debía volver a incorporarse la Bretaña a la corona. Carlos VIII, juntamente con Ana, y ésta en unión con Luis XII, se cedieron mutuamente sus derechos. Claudia, hija de estos últimos, y esposa de Francisco I, al morir legó a su marido el ducado de Bretaña. Accediendo éste a la petición de los Estados reunidos en Vannes, agregó, por un edicto publicado en Nantes en 1532, el mismo ducado a la corona de Francia, afianzándoles sus libertades y privilegios.

Los Estados de Bretaña se reunían anualmente; pero desde 1730 las convocatorias se verificaban de dos en dos años, siendo de las atribuciones del gobernador el proclamar la apertura. Cada una de las tres órdenes deliberaba aparte una de otra; eran tres asambleas particulares que movían en su seno pequeñas tormentas, las cuales se convertían en un huracán general cuando llegaban a reunirse el clero, la nobleza y el estado llano. La corte atizaba la discordia, y el talento, la vanidad y la ambición se ponían en juego en aquel estrecho recinto, lo mismo que en un teatro de más vastos límites.

El P. Gregorio de Rostrenen, de la orden de capuchinos, dice lo siguiente a nuestros señores de los Estados de Bretaña en la dedicatoria de su *Diccionario francés-breton*:

«Aunque no era posible a ninguno más que al orador romano el elogiar dignamente la augusta asamblea del Senado de Roma, ¿por qué no me he de atrever yo a elogiar vuestra augusta asamblea, que nos hace ver de una manera tan elocuente lo que tenían de majestuoso y respetable la antigua y la moderna Roma?»

El mismo autor prueba que el idioma céltico es uno de los idiomas primitivos que trajo a Europa Gomer, primogénito de Japhet, y que los hijos de la Baja Bretaña, descienden, a pesar de su pequeña estatura, de raza de gigantes.

La época de la celebración de los Estados en Bretaña era época de bailes y diversiones; se celebraban banquetes, en los cuales se comía y bebía de lo lindo en las casas del gobernador, y de los presidentes de la nobleza y del clero, del tesorero de los Estados, del presidente del

parlamento, y en las casas, en fin, de todas las personas notables. Se sentaban alrededor de las mesas de refectorio los Duguesclin labradores, y los Duguay-Trouin marineros, de cuyos cinturones pendía la espada y una daga de abordaje. Todos aquellos hidalgos tenían algunos puntos de contacto con la Dieta de Polonia; es decir, con la Polonia de a pie, no con la Polonia caballeresca; Dieta de escitas, no de sármatas.

Los bretones son notables por sus danzas y por el carácter especial de las mismas. La señora de Sevigné ha dicho de nuestras francachelas políticas, en medio de nuestros incultos arenales, que se parecían a aquellos festines que las brujas y las hechiceras celebraban por la noche entre la espesura de los matorrales.

«Tendrán ustedes que sufrir—decía—, que les dé noticias de nuestros estados. El señor de Chaulnes llegó el domingo por la noche con el mismo estrépito que se pudiera hacer en una aldea: el lunes por la mañana recibí una carta suya, y yo le contesté que iría a comer con él. La comida se sirvió en dos mesas, situadas una enfrente de otra, y de catorce cubiertos cada una; el hermano del rey y su esposa las presiden. La comida es buena y abundante; los asados vuelven a salir intactos de las mesas, y es necesario ensanchar las puertas para poder introducir las pirámides de frutas... Después de comer, los señores de Lomaria y Coetlogon bailaron con dos bretonas algunos minués, y ejecutaron diferentes danzas, con tanta perfección como pudieran hacerlo los cortesanos. Ejecutaron después varios pasos bohemios y de la Baja Bretaña con una finura y una exactitud admirables... Yo no había visto nunca los estados: son una cosa magnífica. Me parece muy difícil que haya una provincia que se parezca a la de Bretaña, cuyo carácter sea tan espléndido; por otra parte, debe estar muy poblada, porque ni uno siquiera de sus habitantes se encuentra en la guerra ni en la corte; sólo falta cierto alférez (el señor de Sevigné, hijo), el cual llegará tal vez a ser algún día lo mismo que los demás... Un sin fin de presentes, de pensiones, de reparaciones de caminos y de ciudades, quince o veinte grandes banquetes, diversiones continuas, bailes eternos, comedias tres veces a la semana, y una algazara continua, constituyen la verdadera descripción de los estados. Me olvidaba decir que mien-

tras duran se consumen trescientas o cuatrocientas pipas de vino...»

Los bretones no se avienen de modo alguno a perdonar sus burlas a la señora de Sevigné. Yo soy menos riguroso; porque no me gusta que me digan: «Veo que me habla usted con asaz buen humor de nuestras miserias, pero no somos tan depravados; uno solo de nosotros basta cada ocho días para entretener a la justicia; verdad es que la escarpia me parece ahora un refresco.»

Los fatuos de París, que iban acompañando en los Estados a la gente de la curia, referían que nosotros mandábamos forrar nuestros bolsillos de hoja de lata para llevar a nuestras mujeres la salsa de los platos del señor gobernador. Estas bromas, sin embargo, solían costar demasiado caras a algunos. Cierta conde de Sabran quedó muerto en el sitio donde se hallaba sentado por haberse permitido estas pesadas bromas.

Las rentas del rey en Bretaña consistían en un donativo voluntario, que variaba según sus necesidades, en las rentas del dominio de la corona, que podían evaluarse de tres a cuatro mil francos, y en las del timbre, etc.

La Bretaña tenía sus rentas particulares, que le servían para satisfacer sus cargas: la *alcabala grande y pequeña*, que gravitaba sobre los líquidos y sobre su extracción, y que ascendía a dos millones anuales, y, por último, las sumas que rendía el impuesto *fogage*. La importancia de esta pecha consta terminantemente en nuestra historia; no obstante, fué para la revolución de Francia lo que el sello o el timbre para los Estados Unidos.

Era el *fogage* (*census pro singulis rocis exactus*) un censo o una especie de pecha que se exigía por cada chimenea sobre los bienes de los pecheros; con el *fogage*, gradualmente aumentado, se pagaban las deudas de la provincia. Se había concebido el proyecto de crear un capital de los productos del *fogage*, empleándolo en rentas que resultaran en provecho de los que pagaban esta carga; el *fogage* entonces no hubiera sido más que una especie de empréstito. La injusticia (si bien injusticia legal, ascendiendo al derecho consuetudinario) consiste en que esta carga gravitase únicamente sobre la clase pechera. Las municipalidades no cesaban en sus reclamaciones, y la nobleza, a

quien importaba menos el dinero que la conservación de sus privilegios, no quería ni oír hablar de un impuesto que la hubiera hecho tributaria.

Los espíritus se hallaban agitados entonces por diversos motivos: la asamblea de los Notables, la contribución territorial, el comercio de granos, la próxima reorganización de los Estados Generales, el pleno tribunal y el *casamiento de Figaro*, la creación de los grandes Bailíos, Cagliostro y Mesmer, y otros muchos incidentes fútiles y graves, eran objeto de controversia en todas las familias. La nobleza bretona se había convocado en Rennes para protestar contra el establecimiento del pleno tribunal: yo asistí a esta dieta; la primera reunión política en que me hallé en mi vida. Los gritos y el barullo que reinaban en ella me aturdirieron al mismo tiempo que me divertían; subíanse sobre las mesas y sobre los asientos, y muchas veces gesticulaban y hablaban todos a la vez. El marqués de Tremargat, que tenía una pierna de madera, gritaba con voz estentórea: «Corramos todos a casa del gobernador, señor de Thiard, y digámosle: la nobleza bretona se halla a sus puertas y desea hablarle: el rey mismo no se atrevería a rehusarle su permiso.» Este rasgo de elocuencia arrancó tantos bravos, que retemblaban las bóvedas del salón. «Sí, señores — proseguía Tremargat — ¡el mismo rey no lo rehusaría!» Y los aplausos volvían a repetirse con más fuerza.

Fuimos a casa del señor Thiard, hombre de corte, poeta exótico, espíritu dulce a la par de frívolo, y a quien causaban un cruel hastío nuestros alborotos; nos miraba como si fuéramos unos jabalíes o unas bestias salvajes; deseaba ardientemente salir de nuestra Armórica, y no se opuso a que entráramos en su palacio. Nuestro orador le dijo cuanto le vino a las mientes, y en seguida se redactó a presencia nuestra la siguiente declaración: «Declaramos infames a todos los que acepten cualquier empleo, ya sea en la moderna administración de justicia, ya en la de los estados, si no están reconocidos por las leyes constitutivas de la Bretaña.» Se nombraron doce hidalgos para que presentasen al rey este documento, y cuando llegaron a París los encerraron en la Bastilla, de donde salieron poco después como unos héroes, siendo recibidos a su regreso con ramos de laurel. Llevábamos en nuestro traje grandes

botones de nácar, con una inscripción, que decía: «Antes morir que ser deshonrados.» Triunfamos de la corte, de quien triunfaba todo el mundo, y caímos con ella en la misma sima.

París, octubre de 1821.

MI MADRE RETIRADA EN SAINT-MALO. — LA PRIMERA TONSURA. — CERCANÍAS DE SAINT-MALO. — EL APARECIDO. — LA ENFERMEDAD. — ESTADOS DE BRETAÑA EN 1789. — INSURRECCIÓN. — MUERTE DE SAINT-RIVEUL, MI COMPAÑERO DE COLEGIO.

En esta época fué cuando mi hermano, constante en sus proyectos, tomó el partido de poner los medios para agregarme a la orden de Malta. Era indispensable para obtener esta gracia, estar ordenado de primera tonsura, cuya orden podía conferirme el señor Courtois de Pressigny, obispo de Saint-Malo. Regresé a mi ciudad natal, adonde se había retirado mi madre a pasar el último tercio de su vida, orando por el día en la iglesia y haciendo calceta en casa por la noche. Era tan distraída que una mañana la encontré en la calle, llevando debajo del brazo una de sus chinelas a guisa de devocionario. Cuando estábamos solos, improvisaba cuentos en verso, que hacían mi delicia, y en uno de los cuales figuraba el diablo sacando por la chimenea a un impío.

Le diable en l'avenue
Chemina tant et tant,
Qu'on en perdit la vue
En moins d'une heure de temps.

«El diablo caminaba tan aceleradamente, que se perdió de vista en menos de una hora.»

«Me parece, dije yo, que para ser el diablo no andaba muy de prisa.»

Pero la señora de Chateaubriand me probó que yo no entendía una palabra de esto: ¡era una excelente mujer mi madre!

También me refirió una larga lamentación sobre la *Verdadera historia de un ánade en la ciudad de Monfort-le-Canelles-Saint-Malo*. Cierta señora habla encerrada a una bellísima joven en el castillo de Monfort, con el objeto de deshonrarla. Por la claraboya de la prisión se veía la iglesia de San Nicolás, y habiendo rogado al Santo, con los ojos llenos de lágrimas, que la libertase de aquel peli-

gro, fué transportada fuera del castillo milagrosamente; mas, por desgracia, cayó en manos de los criados del felón, los cuales quisieron tratarla como suponían que la había tratado su amo. La pobre joven, al verse perdida sin remedio, tendió la vista en torno suyo para implorar socorro, y no vió más que unos cuantos ánades sobre el agua del estanque del castillo. En tan apurado trance, volvió a rogar a San Nicolás que permitiese a aquellas aves que fuesen testigos de su inocencia, a fin de que, si llegaba a perder la vida y se veía imposibilitada, por lo tanto, de cumplir los votos que había hecho al Santo, los cumpliesen dichas aves por ella, a su modo, en su nombre y por su persona.

Aquel mismo año murió la joven, y en la festividad de la traslación de las reliquias de San Nicolás, que era el 9 de mayo, se presentó en la iglesia un ánade acompañado de sus polluelos, andando y revoloteando alrededor del bienaventurado libertador, como si quisiera demostrar que venía a cantarle alabanzas; después se volvió al estanque, dejándole en ofrenda uno de sus polluelos. Pasado algún tiempo se marchó también éste sin que nadie lo notase. Por espacio de más de doscientos años continuó yendo a la iglesia de San Nicolás de Monfort el mismo ánade con sus polluelos, en el mismo día y hora. *Esta verdadera historia* fué escrita e impresa en 1652. Mi madre seguía una tradición falsa; la joven encerrada en el castillo de Monfort era una princesa que obtuvo la merced de ser convertida en ánade para libertarse de la violencia de su vencedor. Solamente recuerdo una estrofa del romance:

Cane la belle est devenue,
Cane la belle est devenue,
Et s'envola, par une grille,
Dans un étang plein de lentilles.

«La hermosa joven fué convertida en ánade; se escapó volando por una claraboya, y fué a parar a un estanque lleno de lentejas.»

La señora de Chateaubriand, que era una santa mujer, obtuvo del obispo de Saint-Malo la promesa de conferirme la primera tonsura; gracia que, si se atiende a que el buen prelado era demasiado escrupuloso, le parecía una profanación que tenía tendencia al pecado de simonía, pues era conferir la primera orden eclesiástica a un lego y a un militar.

Vestido de uniforme y ceñida la espada me arrodillé a los pies del prelado, pa-

ra recibir la prima tonsura, y después de cortarme unos cuantos cabellos de la parte superior de la cabeza, hizo que me expidieran mi correspondiente título. En posesión de este documento, y así que fuesen admitidas mis pruebas de nobleza en Malta, quedaba apto para recibir doscientas mil libras de renta: esto, que constituía un abuso en el orden eclesiástico, era una cosa muy útil en el orden político de la antigua constitución. ¿No era preferible que esta especie de beneficio militar se agregase a la espada de un soldado que a la sotana de un abate, que había de comerse su gruesa prebenda paseando por las calles de París?

La prima tonsura sirvió de pretexto a algunos biógrafos mal informados para decir que mi primera vocación fué la del estado eclesiástico.

Esto sucedía en 1788. En aquella época tenía yo caballos, y me divertía en correr por la campiña o en galopar a la orilla del mar, contemplando las olas, mis quejumbrosas y antiguas compañeras; a menudo me apeaba en la playa, recreándome en verlas.

Nada tan delicioso como las cercanías de Saint-Malo en un radio de cinco a seis leguas. Las orillas del Rance, desde su embocadura hasta Dinán, merecen, por sí solas, atraer a los viajeros: allí se encuentran interpoladas a cada paso las rocas y los cuadros de verdura, los arenales y los bosques, los antiguos castillos de la Bretaña feudal y las modernas quintas de la Bretaña comercial. Estas han sido construídas en un tiempo en que eran tan ricos los negociantes de Saint-Malo, que, en sus días de regocijo, despilfarraban las piastras, arrojándoselas al pueblo por la ventana. Bonnaban, castillo de los señores de La Saudre, está construído casi todo con mármol traído de Génova; la Briantais, el Bosque, el Montmarin, la Balue y Colombier, tenían jardines llenos de naranjos y adornados con estatuas y magníficas fuentes. El mar ofrece también a la vista, por encima de las tapias de un parterre, sus embarcaciones, sus calmas y sus tempestades.

Todos los aldeanos poseen una casita blanca con su correspondiente jardín. Los terratenientes de la costa son de una raza normanda: las mujeres son altas, delgadas, ágiles, y visten jubones de lana parda, falda corta de algodón o de seda rayada, y medias blancas con cuadros azules. Suelen llevar en la cabeza una especie de cofieta de punto o de batista,